

Con Irving Lavin e Bernini, da Roma a Madrid

Delfín Rodríguez Ruiz

Los recuerdos son siempre tumultuosos, desordenados, llenos de vida y emociones, como escribiera Benjamin. La historia, sin embargo, es siempre inquietante, como Mnemosyne, que lo recuerda todo, por eso, tal vez, el olvido existe como una forma de consuelo, también para los historiadores, como lo era Irving Lavin. A veces llegué a pensar que lo sabía todo y lo recordaba todo. Era así, sin duda, pero también poseía la virtud y la sabiduría de saber elegir y, sobre todo, de sorprenderse con todo, con una curiosidad infinita que le permitía encontrar lo que buscaba en los lugares y formas más inesperados, aquellos que él le gustaba llamar “la sua lampadina”. Y esa sí que es una lección que jamás olvidaré: la curiosidad como una forma de estar en el mundo, no solo en la historia del arte. Curiosidad intelectual, sí, pero también la más extraña que reside en la mirada y en el tacto y que permiten aparecer como en tumulto toda la sabiduría que acumulaba. Luego, siempre, viene el trabajo creativo de la escritura para narrar y llenar de razón y de historia lo descubierto en un resplandor tan inexplicable como cierto, convirtiendo en apasionante el saber, a veces tan inhóspito.

Si a esta apurada presentación cabe añadirle algo que le era propio es su sagaz y fino sentido de la ironía y su sonrisa, inseparables de la precisión, como un cirujano con un bisturí en la mano, con la que observaba todo. Se demoraba en describir cada pequeño fragmento o trazo de una obra, por monumental y compleja que fuera, explicando no solo las cualidades expresivas, simbólicas y artísticas de la obra acabada, sino lo que cada trazo o fragmento escondía o debía a la historia, a la memoria del arte y de los artistas, al pensamiento o la literatura, sin olvidar nunca las formas de recepción y uso de espacios, objetos y sujetos. Solo así podía establecer nuevas, esclarecedoras y apasionantes lecturas. Era como si, siguiendo a Warburg o a Panofsky, tan importantes en su trayectoria como historiador del arte, elaborase un nuevo *Atlas Mnemosyne* para cada trazo, para cada fragmento de una obra de arte, que luego, como quien recompone un puzzle, contemplaba globalmente para encontrar el sentido y los significados implícitos y explícitos de aquella.

No son ya cualidades al uso y, por eso mismo, produce emoción recordarlas. Tuve la fortuna de conocer al Profesor Irving Lavin, en 1980, en Roma, durante el Corso Internazionale di Alta Cultura “Bernini e l’Universo Barocco”, organizado por l’Accademia dei Lincei y dirigido por los Profesores Giulio Carlo Argan y Marcello Fagiolo. Este último, con el paso de los años, amigo y maestro, junto a tantos otros como Maria Luisa Madonna o Vincenzo Cazzato. Yo era joven y “borsista” y fue una de las experiencias personales e intelectuales más importantes de mi vida. Desde entonces puedo decir con orgullo que “vivo” en Roma.

Durante una semana, el profesor Lavin expuso, en ese magnífico curso, reflexiones y lecturas basadas en su obra magna “Bernini e l’unità delle arte visive”, recién traducida por entonces al italiano en la bellísima edición de Edizioni dell’Elefante. Estábamos todos impresionados, absolutamente seducidos, como siguen estando sucesivas generaciones de estudiosos. Recuerdo que, al final del curso, Argan nos reunió a los “borsisti” - creo que éramos doce, seguro que un número nada casual - para preguntarnos sobre nuestra experiencia en Roma y con el Corso. Mal que bien todos expusimos lo mucho que supuestamente habíamos trabajado en bibliotecas, archivos y disfrutado con el altísimo nivel de los seminarios. Argan, después de escucharnos, nos desarmó: “tengo la impresión de ustedes se han equivocado. Se trataba de que se llevaran Roma en los ojos.” En fin, sin palabras. Eso mismo nos había contado Lavin: nos había enseñado a ver, a mirar, a buscar y encontrar lo inesperado, como en un “bel composto”.

Naturalmente volví a Madrid con su libro y con el extraordinario “Bernini” de Marcello y Maurizio Fagiolo, entre otros muchos, incluida una apasionante entrevista con Argan, siendo alcalde Roma, en la que describía su vida, publicada por Ed. Riuniti. Pasaron los años y seguí leyendo a Lavin y, cuando lo hacía, lo veía siempre en el salón de actos de la Farnesina. Volví a coincidir con él y con Marilyn Aronberg, su mujer, por

la que siento admiración intelectual (de la Roma barroca a su Piero della Francesca) y un cariño casi filial, a pesar de que siempre me regañaba por fumar. Al final, lo he dejado.

En mayo de 1996, volví a ver a Irving y a Marilyn en Sevilla. La excusa fue un curso que organicé sobre “Figuras e imágenes del Barroco”. Marcello Fagiolo, como siempre, a nuestro lado, generoso y brillante. Irving habló de unos de sus temas preferidos en ese momento: “La imagen “berniniana” del ideal del monarca cristiano”. Visitamos muchos lugares de Sevilla y recuerdo su impresión y sus miradas y comentarios en la iglesia y cripta de la jesuítica iglesia de San Luis de los Franceses, de Leonardo de Figueroa. Francesa en su planta, salomónica en su interior y con el Padre Pozzo como mentor de las arquitecturas pintadas.

Con posterioridad, volvimos a coincidir, en esos años noventa, siempre, en esas ocasiones, con un amigo común, el filósofo e historiador del arte Francisco Jarauta, sabio y anfitrión inolvidable, en sendos cursos, uno, sobre el Barroco, en El Escorial, y, otro, en Santander. A Irving le apasionaba El Escorial, me preguntaba todo y, sobre todo, especialmente por las tumbas de la iglesia y por el Panteón de la Monarquía Hispánica. En Santander, sin embargo, habló de Picasso. Y es que sus intereses y curiosidad fueron infinitos, de su pasión “barroca” por la arquitectura de F. Gehry, la “O” de Giotto o la caricatura y la sátira. En este sentido siempre recordaré su extraordinario ensayo sobre la caricatura y sus dibujos en el volumen, coordinado por Marcello Fagiolo, “Immagini del Barocco. Bernini e la cultura del Seicento”. En su texto, titulado “Bernini e l’arte della satira sociale”, brillante donde los haya, se le escapó describir una de sus “lampadine”, que he recordado al comienzo. Así, afirmaba que en la caricatura y en la representación de la sátira social lo deforme no solo era lo figurado, sino la manera de dibujar. El dibujo mismo era una caricatura del dibujar. ¡Sencillamente extraordinario!

Pasado los años, el Museo del Prado me encargó una exposición sobre “Bernini y la Monarquía Hispánica”, con la excusa de la presencia en el museo de las “Ánimas” de Bernini, procedentes de la Embajada de España ante la Santa Sede. Se inauguró en noviembre de 2014 y, en los trabajos previos, la ayuda de Irving Lavin y Marcello Fagiolo fueron fundamentales. Irving me escribía correos de una precisión sabiduría y generosidad que jamás olvidaré, como quedan reflejadas en el catálogo. Antes de la clausura, organizamos, entre Helena Pérez Gallardo, mi mujer, y yo mismo un curso sobre el argumento que, al final, creo que fue memorable para todos. Entre otros participaron Lavin, Fagiolo, Tod Marder, Elisabeth Kieven, Sebastiano Roberto, Martin Olin y otros importantes estudiosos y amigos como Maria Luisa Madonna, Fabio Colonnese o Carolina Marconi, que hizo buena parte de las magníficas fotografías del catálogo. Se celebró el curso en el Museo del Prado los días 2 y 3 de febrero de 2015, pero los participantes permanecieron algunos días más, aunque no en todos los casos. Lavin habló sobre “Piazza di Spagna, art-political No Man’s Land.” Fue fantástica su conferencia, pero, sobre todo, todos recordamos, además de los resultados intelectuales, los paseos, las comidas, las cenas y tertulias de esos días, algunas en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Irving y Marilyn derrocharon, como siempre, afecto, sabiduría, curiosidad, simpatía e inteligencia.



Escuchar a Irving y Marilyn hablar de todo, de la vida, de Bernini, de El Escorial - siempre El Escorial, que Lavin pensaba que había sido construido por Felipe II para preparar la “buona morte” -, de la Plaza Mayor de Madrid, era una delicia, así como pasear con ellos de compras, tomar “chocolate con churros” en San Ginés o escuchar, todos atónitos, a Tod Marder confesar que de niño había querido ser “torero”. Fueron días inolvidables. Pero lo es más que el día 5 de febrero, Irving y Marilyn, se escaparon solos, como dos jóvenes inquietos y emocionados, al Museo del Prado: querían verlo todo, llevárselo en los ojos, como nos dijera Argan, en 1980, a aquellos ingenuos “borsisti”. De Irving nos quedan sus libros, su recuerdo y Marilyn. Grazie!!



Irving Lavin a Madrid nel 2015 con Delfin Rodríguez, Tod Marder e Marilyn (foto C. Marconi)

DELFIN RODRÍGUEZ RUIZ Professore Ordinario di Storia dell'Arte all'Università Complutense di Madrid dal 1994. Ha curato numerose Mostre, tra cui: *Dibujos de Arquitectura y Ornamentación de la Bibl. Nac. Siglo XVIII* (2009, con M. Borobia); *Arquitecturas Pintadas. Del Renacimiento al siglo XVIII* (2011); *Bernini y la Monarquía Hispánica* (2014); *José de Hermosilla (1715-76). Arquitecto e Ingeniero militar* (2015); *Mirar la Arquitectura. Fotografía monumental en el siglo XIX* (2015, con H. Pérez); *Ventura Rodríguez (1717-85). Arquitecto de la Ilustración* (2017); *Giovanni Battista Piranesi en la Biblioteca Nacional de España* (2019, con H. Pérez).

Tra i suoi libri: *Vitruvio, Los Diez Libros de Arquitectura* (1987 y 1995); *La Memoria Frágil. José de Hermosilla y las Antigüedades Árabes de España* (1992); *José Ortiz y Sanz. Teoría y crítica de la arquitectura* (1991); *El Palacio y los Jardines de La Granja* (2004); *La Casa de las Metáforas. Ensayos sobre la periferia de las artes y la arquitectura* (2014); *Ensayos sobre Historia de la Arquitectura del siglo XVIII en España. Tradiciones hispánicas y modelos europeos* (2019).

delfin_rodriguez@hotmail.com